

La mujer que visitaba su propia tumba

Una historia de Manchukuo

Nacho Morejón
con Genya Sugaguchi

Primera edición, noviembre 2019

© Nacho Morejón, 2019

© Triskel Ediciones, 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-121154-2-0

Depósito Legal: SE 1943-2019

NOTA DE LOS AUTORES

La primera vez que Manchukuo se cruzó en mi camino, lo hizo de incógnito. Fue a principios de la década de los 80, en Huelva, la ciudad donde nací y me crié. Yo había empezado una colección de monedas, y mi madre me compraba alguna de vez en cuando en el mercadillo que ponían los fines de semana en la Plaza de las Monjas. Un día me trajo una que en la funda decía “Taiwán”, pero los indecifrables caracteres ocultaban un interesante secreto. Años más tarde, cayó en mis manos uno de esos maravillosos catálogos de monedas Krause y me puse a identificar y clasificar toda mi colección. Tras no encontrarla entre las monedas taiwanesas, recorrí una por una las miles que había de China, hasta localizarla en la sección “Estados Títeres Japoneses, Manchukuo”. La verdad es que no tenía ni idea de lo que era aquello pero, tras buscarlo en la enciclopedia, como mandaban los viejos hábitos de la era preinternet, caí en la cuenta de que el nombre me sonaba de la película de Bernardo Bertolucci “El último emperador”. En ella se cuenta la vida de Puyi, que no sólo fue el último emperador de China, sino que también fue coronado emperador de Manchukuo. Mis intentos de conseguir más información dieron poco fruto, así que Manchukuo se convirtió en ese lugar misterioso que apenas conocíamos un puñado de intrépidos exploradores (de salón).

Nos montamos en el DeLorean y, dando un salto en el tiempo, aterrizamos en Londres en 2010, ciudad en la que vivo desde 2004. Para aquella época, Japón ya se había convertido en una parte muy importante de mi vida, pues estaba casado con una japonesa (Izumi) y visitaba el país cada año. Un día me llamó una amiga japonesa desde Tokio y, ante mi sorpresa, me dijo que su nueva compañera

de trabajo se llamaba Cristina y era de Cartaya, un pueblo de Huelva. Cristina y yo nos conocimos en Tokio unos meses más tarde y me presentó a su entonces novio y hoy marido, Genya, el otro gran protagonista de esta historia. Cristina comentó de pasada que la abuela de Genya (llamada Suzuko, pronúnciese *Susuko*) llevaba varias décadas visitando su propia tumba. Como no hay nada en el mundo que me guste más que una buena historia, se me pusieron las orejas como a Spock, y les pedí que me la contasen en detalle. Suzuko había emigrado a Manchukuo en la década de los 40 y, como muchísimos otros japoneses, se quedó atrapada allí tras la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial. Aunque la gran mayoría fueron repatriados durante los años siguientes, varios miles de ellos no pudieron regresar, tuvieron que permanecer en China y se les dio por muertos. En Japón se les conoce por el nombre de *zanryū-hōjin*. Ese fue el caso de Suzuko que, cuando por fin pudo volver de forma temporal a Japón en 1975, se encontró con que su familia le había dedicado un funeral y tenía su propia tumba esperándola. Suzuko regresó de manera definitiva a Japón en 1986 con su familia (Genya incluido), y vivió en Tokio hasta su fallecimiento en 2017, a los noventa y seis años de edad.

Su historia me pareció fascinante, a la vez espejo y radiografía de lo tumultuosa y despiadada que fue la primera mitad del siglo XX en una gran parte del planeta. Al regresar a Londres, le dije a Genya que quería entrevistar a su abuela en profundidad para publicar un artículo en mi blog. Él dijo que sí, pero ella dijo que no, ya que no quería revivir los difícilísimos momentos que sufrió durante el colapso de Manchukuo y de los que jamás hablaba. Aunque dejé el proyecto aparcado, no me podía quitar de la cabeza la idea de escribir sobre la fugaz pero apasionante historia de Manchukuo. Genya, por su parte, decidió indagar más a fondo sobre la vida de su abuela y empezó a recabar datos de los registros oficiales y experiencias de otros supervivientes.

Un día de primavera de 2015 me desperté con la certeza absoluta de que tenía que escribir un libro sobre Manchukuo y Suzuko, así

que se lo propuse a Genya y decidimos embarcarnos en este proyecto. Me pregunto cuántas veces se habrá arrepentido teniendo en cuenta la cantidad de ayuda que le he pedido desde entonces. “Nacho, cuando tú me llamas tengo miedo”, llegó a decirme una vez. Ambas partes de su familia, la china y la japonesa, se ofrecieron a ayudarnos a reconstruir la vida de la abuela Suzuko. Además, aunque estaba muy mayor, ella contaba cosas siempre y cuando no fuesen de la época de Manchukuo. En junio de 2015 me fui dos semanas al noreste de China a recorrer lo que anteriormente había sido conocido como Manchuria y Manchukuo. Al año siguiente repetí la experiencia, esta vez durante tres semanas. En el tiempo que estuve en Manchuria visité las principales ciudades y museos, buscando lo que queda de la joya de la corona del sueño imperial japonés setenta años después de su desaparición. Además, en el primer viaje acompañé a Cristina y a Genya a visitar a la familia china en Dabalang, la minúscula aldea donde Suzuko vivió más de cuatro décadas, lo que fue una experiencia inolvidable. El ciclo de mis viajes relacionados con el libro lo acabé en Japón en mayo de 2017, visitando Yasuoka con Genya, el pequeño pueblo de las montañas de Nagano donde había nacido Suzuko. Allí, además de entrevistar a la parte japonesa de su familia, visité el museo dedicado a los colonos que emigraron a Manchukuo y nos invitaron a la reunión bianual de la asociación de supervivientes, lo que me dio la posibilidad de conocer en persona y entrevistar a algunos de ellos. Cerré el círculo en Tokio, yendo a la tumba de Suzuko, que había fallecido apenas cuatro meses antes, a presentarle mis respetos.

Me gustaría aclarar que el contenido del libro es estrictamente fiel a lo encontrado durante una investigación que ha durado más de cuatro años. Es decir, es una biografía histórica en la que no me he tomado ningún tipo de licencia creativa ni dramática, y no hay nada que haya sido novelado, alterado o inventado. Aun así, la memoria es frágil, subjetiva, maleable y, a menudo, interesada, sobre todo en tiempos convulsos. Y no hay que olvidar que un recuerdo es una nueva recreación de los hechos, no una reproducción de tal y como

ocurrieron. Muchos de los relatos de los supervivientes fueron contados décadas después, así que las imprecisiones, ambigüedades y contradicciones han sido inevitables. En la medida de lo posible hemos intentado contrastar y verificar todo lo que ha llegado al libro, pero a veces ha sido imposible y hemos tenido que confiar en la memoria de los supervivientes y la familia, o en el resultado de nuestras investigaciones y deducciones. A cambio, el haber ejercido de detectives en el tiempo para reconstruir la vida de Suzuko, y la aventura de los colonos de Yasuoka, ha sido la parte más fascinante del proceso de creación del libro.

Termino esta introducción con una anécdota relatada por mi adorado David Halberstam. En los 60, estando él en una fiesta con otros escritores, le preguntaron a Teddy White, un veterano autor de gran prestigio: “¿Qué es lo que hace que un libro sea un superventas? ¿Cuál es la fórmula para escribir uno?”. La respuesta de White fue tajante: “Tiene que ser un libro que te queme en las entrañas. Un libro que tienes que escribir antes de que puedas seguir con cualquier otra cosa”. No me atrevo a decir que este libro será un superventas, pero lo que sí que puedo asegurar es que me quemaba en las entrañas y necesitaba escribirlo.

Nacho Morejón Guerrero
Londres, septiembre de 2019

Gracias por su interés en este libro.

Cada vez quedan menos personas de la generación de supervivientes de la Segunda Guerra Mundial, motivo por el que siento que es importante compartir con nuestra generación y las que nos siguen las vivencias de mi abuela durante su fuga en Manchukuo.

A mi abuela Suzuko le tocó crecer en la "edad dorada" de Japón, durante la colonización de Manchukuo en China, y más tarde lu-

char por su supervivencia durante la Segunda Guerra Mundial y los penosos años posteriores.

Mi abuela falleció en el año 2017 a la edad de noventa y seis años y, hasta entonces, el gran corazón de esa pequeña mujer de menos de 1,40 metros de estatura consiguió superar una a una innumerables dificultades y tretas del destino, casi siempre con una sonrisa en los labios y la característica gentileza del pueblo japonés.

Guardo la esperanza de que este libro sirva para entender las miserias acarreadas a millones de personas por la guerra y para aprender de ello con el fin de que una tragedia así jamás se repita.

Sueño con que finalmente llegue el día en que las guerras formen parte de la historia y seamos capaces de convivir en paz.

Dedico estas últimas líneas a Nacho, para agradecerle su interés por la vida de mi abuela, su exhaustiva labor de investigación y su dedicación en la escritura de este libro, y a mi esposa Cristina, por su inestimable ayuda, constante apoyo y paciencia a lo largo de todo el proceso.

Y por supuesto, mi eterno agradecimiento a mi querida abuela, por el profundo amor y cariño con que siempre me protegió y guio por el camino recto hasta la madurez. Descansa en paz, abuela.

Genya Sugaguchi

PRÓLOGO



Yasuoka, prefectura de Nagano, Japón.

La tumba no estaba en un cementerio propiamente dicho, sino en un claro del frondoso bosque que cubría la montaña. Sólo la presencia de unas pocas lápidas desperdigadas por los alrededores delataba que allí hubiese gente enterrada y, a pesar de estar cerca de la carretera, era fácil pasar de largo sin verlo. La mayoría de las lápidas estaban gastadas por el tiempo, en algunas las inscripciones en la piedra apenas podían leerse. Pocas tumbas estaban limpias y con ofrendas, señal de que casi no quedaban familiares que siguiesen acercándose a cuidarlas. Muchas otras permanecían sucias o apenas visibles entre la maleza, dándole al lugar una atmósfera general de abandono y melancolía.

Fue aquí donde, unos años antes, habían enterrado a Suzuko; y allí estaba ahora ella, de pie, mirando la que había sido su propia tumba, el trozo de tierra en el que debía de llevar años reposando. La mayoría de las tumbas que había en aquel claro del bosque eran humildes y sencillas, pero la de Suzuko las superaba a todas: una simple piedra ovalada de unos veinte centímetros marcaba el lugar en el que, a falta de su cuerpo, habían enterrado una caja. No había nada más. Ni su nombre grabado en la piedra, ni una lápida con una inscripción ni tan siquiera una pequeña cerca que la delimitase para diferenciarla del resto del bosque.

El gobierno japonés la había dado oficialmente por muerta en 1959 junto a los otros miles de japoneses que, para entonces, aún no habían regresado de la aventura imperialista que fue la creación de

Manchukuo, sin preocuparse de comprobar si seguían vivos o no. Cuando su supuesto viudo, que sí había conseguido regresar a Japón, quiso volver a casarse en 1972, tuvo que pedir un certificado de defunción que demostrase que Suzuko había fallecido, o al menos que estaba burocráticamente muerta. La familia de Suzuko utilizó la ocasión para hacerle un funeral y despedirse de ella de manera respetuosa y formal tras décadas de olvido. Como por razones obvias no había restos mortales que enterrar, escribieron su nombre en un trozo de papel y lo metieron en una caja de madera. Durante el funeral se celebró una ceremonia sintoísta, con un sacerdote encargándose de administrar los ritos y bendiciendo la caja antes de que la enterraran a poca profundidad. Descansa en paz, Suzuko, sentimos que el delirio imperial te hiciese morir tan lejos de tu tierra. Ahora, ya de regreso de entre los muertos y de vuelta en Japón, su sobrino la había llevado a ver el lugar en el que había quedado reducida a una piedra indistinguible de millones de otras.

A sólo un par de metros se encontraban enterrados sus suegros en la tumba de su familia política. Era una de las tumbas más llamativas, con tres escalones coronados por un monolito de piedra en forma de prisma y acabado en punta. En él estaban grabados sus nombres, las fechas de sus muertes y la edad a la que habían fallecido. Suzuko había sido enterrada junto a su familia política, en lugar de junto a sus propios antepasados, porque al casarse había pasado a pertenecer a la familia del marido, según la costumbre japonesa. Al no haberse casado con el hijo primogénito y, además, haber (supuestamente) fallecido mientras su marido aún vivía, la tradición decía que ella no era lo suficientemente importante como para poder ser enterrada en la tumba familiar. Así, la tradición parecía condenar a Suzuko a no dejar huella y ser olvidada desde el mismo momento de su muerte. Afortunadamente ella tenía otros planes, como por ejemplo seguir viviendo muchos años más desde aquel día del funeral y acabar descansando para siempre en una tumba elegante y hecha especialmente para ella, lejos de este cementerio remoto y desangelado.

CAPÍTULO I



Érase una vez un país en el noreste de Asia llamado Manchukuo. Fue creado en 1932 y pasó por el tumultuoso firmamento asiático de la época como una estrella fugaz, desintegrándose en 1945 antes de llegar a cumplir catorce años de vida. Tanto su brevedad como las razones mismas de su existencia hicieron que Manchukuo desapareciese instantáneamente de la memoria colectiva al acabar la Segunda Guerra Mundial, siendo desde entonces un escueto pie de página en el devenir de un siglo convulso. Suzuko, la protagonista principal de este libro, nació en 1921 en un pequeño pueblo japonés llamado Yasuoka y se fue a Manchukuo en 1940. Cuando murió, en 2017, Manchukuo llevaba décadas convertido en un olvidado experimento colonial japonés, una lejana anécdota de tiempos más oscuros. Sin embargo, tanto para ella como para muchos de los otros cientos de miles de japoneses que emigraron allí, esos años dejaron una huella profunda que marcaría el resto de sus vidas. Manchukuo desapareció hace tiempo, pero continuará existiendo mientras siga viva gente que sobrevivió a su dramático colapso.

Durante sus noventa y seis años de vida, Suzuko fue testigo directo de muchos de los momentos definitorios del siglo XX en Asia. En Japón tuvo una infancia muy dura por los efectos de la Gran Depresión, y vivió el ascenso y auge del militarismo japonés. En los años que estuvo en China pasó por el caos de la desaparición de Manchukuo, la guerra civil entre nacionalistas y comunistas, el nacimiento de la República Popular de Mao, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. Aunque no todos esos eventos la afectaron

por igual, cuesta no pensar que tuvo la mala suerte de estar en los sitios equivocados en los momentos inadecuados. Cuando empecé el libro, pensaba que el destino de Suzuko había sido decidido por un estado totalitario e imperialista, sin que ella pudiese hacer nada por evitarlo, como una marioneta impotente. La realidad resultó ser menos maniquea y también más interesante y compleja. Las decisiones que en última instancia determinaron la vida de Suzuko fueron tomadas por tres mujeres de su entorno, lo que no deja de ser irónico ya que vivió una buena parte de ella en un mundo completamente dominado por hombres. La más decisiva fue su madre, esa actriz secundaria que, según va pasando la película, crece y crece hasta llenar la pantalla, se come a los protagonistas y no puedes quitar los ojos de ella. No es sorprendente que, ya siendo muy mayor, Suzuko definiese su vida con un amargo epitafio: “Yo nunca he estado donde he querido”.

Independientemente de quién tomase ciertas decisiones, es imposible entender la vida de Suzuko sin analizar el contexto histórico en el que transcurrieron sus primeras décadas. Fue una época muy compleja en el noreste de Asia y muchos de los que la vivieron acabaron siendo víctimas de fuerzas que casi siempre escapaban a su control. La estabilidad y relativa calma que reinaba en Japón desde unos años antes de nacer Suzuko contrasta con los cambios dramáticos y continuos que habían ocurrido en las décadas anteriores: el famoso periodo Meiji. La transformación del país fue tan enorme y radical que no se puede entender el Japón de 1921 y, sobre todo, el que vendría después, sin tenerla en cuenta. Por tanto, antes de empezar con el nacimiento de Suzuko y el relato de su infancia, hay que retroceder en el tiempo hasta 1853 y recorrer el apasionante camino que llevó a Japón de ser un país aislado y medieval hasta convertirse en una de las grandes potencias del mundo en el transcurso de una sola generación.